

Iliberalismo, una falsa transición

Fernando Mora¹

¿Es el iliberalismo sólo un dolor de parto para los “adolescentes de la democracia”? Para Bertrand Badie, profesor emérito de Sciences Po Paris, sería peligroso considerar esta forma de gobierno como una mera fase.

La debilidad de la ciencia política reside en parte en la fragilidad de sus virtudes prospectivas. Esta falta podría ser menor si no cometiéramos el error de razonar en un modo evolutivo que nos lleva a finiquitar todo lo que observamos, a veces hasta el punto de practicar las delicias del horóscopo. Desgraciadamente, la noción de iliberalismo no es una excepción en el ropaje del régimen de transición: improvisada, más que construida, imprecisa en sus contornos, la categoría que de ella se deriva parece un cajón de sastre, o incluso una reunión social en la que coexisten Viktor Orban, Paul Kagame, Benyamin Netanyahu, Pedro Sánchez, Nicolas Maduro y Recep Tayyip Erdogan. ¿Tiene sentido asociar a estas “eminentes” figuras con un mismo destino preprogramado?

Un denominador común parece imponerse a priori, o en todo caso el principio de una posible definición: el de una perturbación del ideal democrático que hace que la elección parezca una farsa o un fracaso. Formalmente designada por el pueblo, la práctica del líder desvirtúa todos los componentes de la democracia: la elección, lejos de ser el comienzo de una aventura virtuosa, sirve de coartada para todos los engaños futuros, la reducción de las libertades y la marginación del derecho. Pero ¿de dónde procede este engaño: de un contexto, de una cultura política maldita o de un juego cínico del autócrata? ¿De un entorno internacional o de un estado de ánimo nacional? ¿De la escena política o de la sociedad y su economía? ¿Una desconfianza populista hacia las instituciones que permiten al líder hacer cualquier cosa con tal de que afirme pertenecer al pueblo? La respuesta nunca está clara...

Aquí es donde entra la droga desarrollista: el antiliberalismo es un fenómeno de transición, el síntoma supremo de los pueblos inmaduros, una crisis de crecimiento reservada a los “adolescentes democráticos”. Así se matan tres pájaros de un tiro: las viejas democracias se salvan e incluso recuperan su papel de “gobernantes” de las jóvenes naciones, la autocracia se legitima como un mal temporalmente necesario y se corre un velo de secretismo sobre las verdaderas razones por las que la democracia se debilita en todas partes, en el Norte, en el Sur, en el Este y en el Oeste... Si es necesario, se va más lejos: ante los grandes acontecimientos internacionales, se redibuja el mapa del bien y del mal.

El conflicto ucraniano enfrenta a las democracias con las dictaduras, ¡que naturalmente gozan del apoyo más o menos abierto de los famosos regímenes antiliberales!

¹ Analista global. Ha trabajado en cinco continentes.

La causa ucraniana no necesita tales argumentos para justificarse ante el derecho internacional. Sobre todo porque el argumento es falso: si observamos detenidamente las votaciones en la Asamblea General de las Naciones Unidas, veremos que la mayoría de los regímenes antiliberales votaron a favor de las sanciones contra el agresor ruso. El antiliberalismo, se enfoque como se enfoque, no se refiere a una ideología precisa, un cuerpo de doctrinas, una política exterior identificable o una visión específica del sistema internacional. Es, en el mejor de los casos, una técnica de gobierno más o menos disimulada que se alimenta del bajo nivel de confianza de los gobernados en sus instituciones, e incluso de su desinterés, y a veces asco, por la democracia.

Por tanto, es ingenuo considerarlo transitorio. No sólo se desconoce el resultado: ¿qué se habría dicho de un analista de las prácticas antiliberales de finales de la República de Weimar que hubiera afirmado que sus impulsos autoritarios eran una preparación para un futuro democrático? Pero, sobre todo, sería un error vincular ese régimen a una función sistémica que sirviera de propedéutica para otra cosa.

Tal vez se debería mirar en otra dirección, volviendo a la simple etimología de la palabra. El iliberalismo se hace eco de la profunda crisis que afecta a un orden sociopolítico globalizado, que cristaliza en torno a una doble acusación: la del liberalismo económico y sus consiguientes daños, y la del pensamiento político liberal que no ha sabido someterse a un aggiornamento. El consiguiente desafecto ha banalizado su contrario y ha dado pie a una nueva generación de estrategias autoritarias, de las que escapan pocos Estados, desde los más poderosos al otro lado del Atlántico hasta los más frágiles. No ver esto, o disimular su verdadera naturaleza, es una forma preocupante de hacerles el juego...

Ah, y los países progresistas ... la España de hoy, por ejemplo, no solo se hacen portavoces del iliberalismo, sino que además dan clases retóricas sobre el tema cuando en realidad, llegaron al poder, gobiernan, hacen sus políticas y se relacionan en todo aspecto como las reglas de un liberalismo desatado.